



GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1
TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6 "
Provincias y Portugal, trimestre.....	2 "
Año.....	8 "
Número atrasado.....	0,25 "
25 ejemplares.....	1,50 "

AÑO II.

Madrid 2 de Julio de 1896.

NÚM. 34

EL MINISTRO REGATERO



- Oiga usted, buen hombre, ¿qué precio tienen esos barquitos nikelados?
—Dos pesetas cada uno, lo menos.
—Son caros. ¿Quiere usted un duro por los dos?
—Por ser para usted se los dejaré en treinta reales.
—Vaya, partamos la diferencia; tome usted doce pesetas y vengan los barquitos.

LOS JUEVES DE GEDEÓN

—De Génova ha venido un barco cargado de... Digo, de Génova ha venido un señor encargado de ajustar con el Gobierno la compra-venta de los dos cruceros del níquel.

—Vaya una noticia que me das, amigo Gedeón, ni kelo dijeras de guasa. Todo el mundo sabe que ha llegado a Madrid, con el propósito que tú has dicho, el señor que se le rompió a D. Práxedes hace tres años más o menos.

—Estupefacto me dejas, amigo Calinez. ¿Cómo un señor que se le rompió a D. Práxedes ha podido venir a Madrid estos días con la comisión de los cruceros?

—El cómo no me toca a mí averiguarlo. Pero ¿qué se le rompió a D. Práxedes cuando se cayó últimamente?

—La Presidencia del Consejo de Ministros.

—No, hombre; antes de que se le rompiera la Presidencia.

—Creo que fué un hueso.

—Justamente; un hueso que no era la tibia, sino algo como su compadre.

—El compadre de la tibia se parecerá a D. Segis, que anda siempre con paños calientes. Pero si te refieres al partido liberal, y el compadre de la tibia se llama lógicamente el tibio, ya sé quién es, Canalejas.

—En este instante caigo, Gedeón.

—¿Cómo? ¿Tú, quique Pablo Cruz?

—No; caigo en lo del hueso de D. Práxedes.

—El hueso de D. Práxedes es Gamazo.

—No señor, el peroné.

—¡Acabarás, Calinez! Pero ¿qué tiene que ver el peroné con el Sr. Perrone, que es el que ha venido en representación de la casa Ansaldo para ultimar la venta de los cruceros?

—Acentúale la última sílaba.

—Se la acentúo.

—Quítale una erre.

—¿Y qué hago con ella?

—Vaya una pregunt... Dársela a Peña Ramiro.

—Pues ya está.

—Quien, ¿Peña Ramiro? No me toques, Calinez, a este gobernador, que según declaró en el Congreso no ha hecho derramar una lágrima.

—¿Qué afán de distinguirse de las cebollas! Lo que yo te decía es que si le acentúas la última sílaba y le quitas una erre al comisionado de la casa genovesa, se transforma en el hueso que se le rompió a Sagasta.

—Y lo que yo te digo es que si compramos los dos cruceros en el precio que los genoveses nos piden, el hueso se lo rompe el Gobierno a la Nación.

—Pero se lo rompe con níquel, y eso siempre es algo.

—Yo también tengo una fosforera de níquel y no puedo encender ningún fósforo en ella. Todas las cabezas saltan.

—Pues si esto sucede con las fosforeras, artefactos por sí incensivos, figúrate lo que sucederá con los barcos. Cabeza de enemigo que se les acerque ¡pá! fuera. En cuanto paseemos uno de esos cruceros níquelados por la vecindad de los Estados Unidos, todos los yankees de la costa pierden la cabeza.

—¿Con cuánta razón decía por lo tanto Beránger que eso del níquel es una de las grandes invenciones marítimas modernas; y que hasta el Almirantazgo inglés hacia tantos y tantos elogios de ello que níquel decir tiene!

—Y eso que aún no se habían sublevado las cigarreras.

—¿Qué manera de disparatar, Calinez! ¿Qué tendrá que ver el motín de las cigarreras con la cubierta de los cruceros?

—Vaya, Gedeón, tú te vas pareciendo a Elduayen, contigo no podemos hablar las minorías. En cuanto soltamos dos palabras ya te estás saliendo del Pazo. Pues no es tan gran disparate como tú te figuras lo que yo he dicho. ¿Sabes por qué se sublevaron las cigarreras?

—Porque los presupuestos de Navarro Reverter les hacían la competencia a las de la sección de liados.

—No señor, por que les iban a meter en la Fábrica las máquinas, y lo que ellas decían: que vengan las máquinas, bueno, nos aguantaremos con el perjuicio; pero si son de níquel, ¡ni por éstas! Ya ves tú si todo el mundo tiene miedo al níquel. ¿Como que un barco que no níquel no sirve para nada!

—Te confieso, Calinez, que no estaba tan al tanto de la técnica naval moderna. Yo había oído decir que en algunos países acuñaban monedas de níquel, pero no creí que Italia figuraba ya entre ellos. Ahí tienes otra nueva fuente de ingresos para el ministro de Hacienda; níquelársela para el próximo invierno.

—¿Níquelarse, el qué?

—Vamos, ponerse una cubierta protectora de níquel, contra los resfriados de cabeza.

—¿Pero Navarro Reverter se resfría con tanta facilidad?

—En cuanto sopla un viento Castellano.

—Deberías de haber dicho un halito, y te resultaba más poético y más propio. ¡Mira tu que la edi-

ción diamante de la comedia de Narciso Serra, nos está dando qué hacer!

—Pero es por una mala inteligencia de sus detractores. D. Tomás lo quería que le autorizásemos para empeñar todas las rentas peninsulares y ultramarinas en garantía de los empréstitos que contrajera; lo que quería era hacerse oír. Naturalmente, pensó, si no grito mucho nadie va a escucharme, y salió con aquel proyecto de ley que atronó los espacios. Una vez oído, el hombre se claró, y dijo: no se asusten ustedes, me contento con poder empeñar una renta cualquiera; por ejemplo, la de Aduanas.

—¡Ah! ya; salvando todos los respetos, D. Tomás imita en eso al enano de la venta.

—Tanto como al enano de la venta no; al enano del empeño.

—¿Y los padres de la patria pensáis concederle esa autorización?

Indudablemente, Calinez. Tratándose de la guerra de Cuba no escatimamos los sacrificios. Además, éstos no se han de repetir mucho, porque según ha tenido la bondad de manifestarnos Jenofonte en su sección de *Heraldo*, la guerra cubana terminará el verano próximo.

—¿Y Noherlesoom, qué ha dicho o?

—Que estamos bajo el influjo de una depresión barométrica que avanza por el Atlántico y puede producir lluvias torrenciales en una parte o en otra de la Península, y puede no producir las.

—¿Y a ti cuál te parece mejor profeta de los dos, Jenofonte o Noherlesoom?

—A mí, Peña Ramiro, el cual siempre que le dan noticia de un nuevo robo, exclama: ¿a que no parecen los autores? y acierta.

—A propósito, Gedeón, ¿tú pien-as salir de Madrid este verano?

—Naturalmente; puesto que Madrid no sale de mí, tengo yo que salir de él.

—¿Y te propones dejar tu casa cerrada?

—Como la boca del ministro de Estado cuando se le habla del protocolo.

—No te tomes ese trabajo.

—¿Cuál? ¿El de volver a decir protocolo?

—No, el de cerrar tu casa.

—¿Por qué?

—Porque de todas maneras te la han de visitar los ladrones.

—Sentiría muchísimo no poder hacerles los honores. Y dime, Calinez, no hay ningún medio para impedir que esos molestos huéspedes le descerrajen a uno la puerta de la habitación?

—Uno hay: mandar las llaves a la Cárcel Modelo.

—¿Que equivocado estás! ¿De qué sirve enviar las llaves, si no están allí los ladrones que han de usarlas?

—Tienes razón de sobra. Yo que tú, enviaría a la prisión celular la siguiente esquela:

«Al primer ladrón que ingrese por su gusto en el Abanico, Salud:

»Ahí van las llaves de la puerta de mi casa.

»Entrad, pero no estropeéis la cerradura.

»GEDEÓN.»

—Perfectamente, Calinez; acepto tu consejo, que me parece muy fin de siglo. De ese modo, imitando a Francisco I (ahora que están de moda los franceses), podré decir al ver mi casa desbalijada: «Todo se ha perdido menos la cerradura.»

—Y te contestará nuestro eximio gobernador: «Lo mismo me sucede a mí; yo todavía no he hecho derramar una lágrima.»

—Vamos, hoy te ha dado por las incongruencias. ¿Qué relación puede tener la cerradura de mi casa con las lágrimas que no ha hecho derramar Peña Ramiro?

—Alguna debe tener, puesto que al censurarle en el Congreso por no poner todas sus poderosas facultades al servicio del cargo que desempeñaba, respondió lo de las lagrimitas. Conque si a ti te roban la casa dejándote hasta sin pañuelos, puedes si quiera tener la seguridad de que por culpa de Peña Ramiro no se ha comprado ninguno, y eso siempre refresca el ánimo.

—Me has convencido, Calinez. Voy a darme una vueltecita por la Cámara popular a ver cuándo empecemos a discutir los presupuestos. El Gobierno quiere que empecemos la discusión por la cola y las minorías por la cabeza. ¿A ti qué te parece?

—¿Los presupuestos han salido de la cabeza del ministro de Hacienda?

—Naturalmente.

—Entonces empezad por la cola. Por la cabeza res balariáis.

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

(LOPE DE VEGA)

CANCION A LA LIBERTAD

MARTINEZ, solo y libre por fin

Oh, libertad preciosa
no comparada al oro
ni al mayor bien de la española tierra,
más rica y más gozosa
que el preciado tesoro

que el Mar Caribe en sus entrañas cierra,
después que de la guerra
volví con gloria y fama,
como en *El Nuevo Mundo*
dijo Canals profundo,
creí no hallarte, aunque mi voz te llama,
que en ti sola se anida
Nuevo Mundo, Canals, bien, gloria y vida.

—
Cuando entra las humanas
tinieblas vi a Borrero,
sombra y fastidio de mis dulces días,
y a aquellos Cabriñanas
que con rumbo certero
trazaban cauces a las penas mías,
las breves alegrías
de mi lograda gloria
trocaronse en mareo:
se puso aquello feo,
y de un plumazo mi dichosa historia
creía ya perdella,
que es mi tranquilidad lo mejor della.

—
Ya, pues, que estoy exento,
por el Retiro y Prado,
gozo la dulce libertad primera;
me voy a tomar viento
tranquilo y sin cuidado
de que me arreste Primo de Rivera,
y la faz placentera
de Nido a mirar luego,
saludo a Monte-Cristó,
venzo, triunfo y resisto
a Pando, a Castellano y a Gallego
y hasta el libre albedrío
de Silvela le tengo ya por mío.

—
Cuando Elduayen rebaña
la inculta mayoría
para llenar los bancos del Senado,
salgo de la Cabaña
sin Morro, que es la mía
a dar solaz al cuerpo descansado,
y mientras amoscado
me atiza palos graves
un senador indino,
vóyme a oír a la Pino
o a leerme un artículo de Chaves,
o a respirar el aura,
pensando en la belleza de Frontaura.

—
Cuando la mayoría
tiende su negro manto
sobre algún acta que chanchullo encierra,
o de la minoría
se oye el fúnebre canto,
o alguien habla y discute de la guerra,
le dejo con su perra
mania y sin palabras,
mis boquillas recuento,
que ya son más de ciento,
asombro de Montoros y de Labras,
y haciendo aquella cuenta,
Nido sus homenajes me presenta.

—
La bien poblada pera,
ya por demás cañosa.
me acaricio, y al verla tan rizada
Tejada Valdosa,
con envidia horrorosa
en mí fija su hidrópica mirada:
y al mirar a Tejada,
y al ver cómo suspira,
menudo cual gorgojo
de ponerle en remojo,
me dan ganas, y así, lleno de ira
lo haré, por propia mano,
si en vez de ser Tejada, es Castellano.

—
No me dá descontento
que Pando el valeroso
se encuentre preparando su sofama;
que palabras son viento,
y yo con mi reposo
me hallo muy bien, y hablar produce eseama:
mi regalada cama
donde vuelvo la hija
de La Condesa Sara,
novela de Onhet cara,
prefiero al discurseo que me enoja,
y mis cigarros puros
de a cuarto, los más negros y más duros.

—
Estése Castellano
colocan lo a su gusto
parientes mil y amigos ciento a ciento;
á Weyler de inhumano
motejale y de injusto
la piara que gruñe a barlovento:
Azcárraga contento
viva en su rudo oficio,
y goce ya del suelo,
sin que me tome el pelo
Maceo, con su incómodo ejercicio,
que más vale pobreza
en paz, que en guerra misera riqueza.

—
Ni temo al poderoso,
ni importame Borrero,
ni soy camaleón del que gobierna,
ni me encuentro ambicioso,
que al vulgo lisonjero
le paso por debajo de la pierna:
Guayaba rica y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
del Siglo la porra
me deleitan, cuando hallo me cansado,
pues yo, como Luceno,
somos iguales lo que dura el sueño.

DE OJO

Pues señor, no hay cosa que ilustre tanto como la lectura de revistas, mayormente si éstas son de doscientas y pico páginas y tienen grandes pretensiones.

Si no quieren ustedes creerlo, atrevanse con *La España Moderna* y verán cosa rica.

Sin pasar de la cubierta, toparán ustedes con la siguiente nota, escrita en el más puro idioma... de Racine:

«A partir del presente número, *La España Moderna* verá la luz pública con toda puntualidad, el día 1.º de cada mes.»

¿Y qué se puede esperar del bebedor envuelto en semejante capa?

A pesar de todo, abren ustedes el cuaderno, y lo primero con que tropiezan es un artículo firmado por cierto señor A. Builla y Alegre, profesor de Oviedo, y a quien, si no estamos trascordados, suele citar *Clarín* con elogio.

El cual Sr. Builla y Alegre escribe con verdadera alegría, vamos, despreciando la vil gramática de que suelen hacer uso los demás ciudadanos, y empleando una especie de algarabía g lo-germánica, de la cual debiera responder ante los tribunales, si para ello existiesen.

Habla, verbigracia, del Sr. Richter, y dice que es un reputadísimo publicista alemán, doblado en político de nota, lo cual, francamente, se nos figura un verdadero abuso y una doblez insoportable. Quien se queda doblado es el lector.

Por supuesto que á semejantes extremos tiene que llegar necesariamente quien construye párrafos de este calibre:

«Es pues, el arte uno, como una es la ciencia, de donde arranca la posibilidad de ciertos cánones comunes á la ciencia del arte y á la ciencia de la ciencia, radicantes todos en la unidad de la vida humana, que de tan preciso modo condicionan aquellas sus determinaciones, que no se comprende ni se explica que puedan vivir divorciadas de lo que las da origen y movimiento.»

Y este hombre habla de Cervantes! Mal lo pasaría si viviese el Manco sano y se viese tomado en los puntos de pluma tan pecadora.

Y ¿a que no saben ustedes á qué viene toda esta builla? Pues á elogiar desmesuradamente una novela *yanké* que, como todas las cosas *yankées*, es una colección de majaderías imitada de Laboulaye y de Edmundo About, y á dar bombo á otra novela alemana que publica la misma *España Moderna*, traduciendo directamente del francés, y en la cual se afirma que todos los hombres tienen igual inteligencia.

Eso quisieran el traductor de la novela y el señor Builla. Pero ¿qué apostamos á que si se les examina bien á entrambos no valen la mitad que el Sr. Rodríguez San Pedro, que no se ha metido á traducir á nadie, ni siquiera á sí mismo?

Siguen los poetas de *La Ilustración* cometiendo toda suerte de desmanes en rima ó cosa así.

Aquella imponente y sesuda revista se alimenta de los desperdicios poéticos de *Madrid Cómpico*.

Porque Silesio, de hijo no hubiera permitido que un poeta dijese lo que sigue:

«Mucho tiempo al principio me entretuve
de leer una nube
de encomiásticas odas,
debidas á mi muerte, y malas todas,
llamándome genial, incomparable,
coloso inapreciable
y otras mil cosas más; y me creía
que no se olvidaría
mi memoria tan pronto
como al fin se olvidó; ¿sería tonto?
Y á medida que el tiempo iba pasando,
yo iba también buscando
al que según creí, me seguiría
en el cultivo de la poesía,
y busqué con afán, entre los seres
un vate regular... y ¿qué se si quieres?

Que existen mil autores
de mis triunfos dignos sucesores.

Y, ó la prensa ha perdido la chaveta,
ó yo no fui poeta...»

Ni lo es usted, ni la prensa ha perdido nada. *La Ilustración*, que es la menor cantidad posible de prensa, si q e pierde con esas cosas.

Porque ustedes comprenden que de tal manera puede cualquier ciudadano estarse haciendo versos hasta el día del juicio, ó sea hasta el día en que éste (el juicio) le vuelva.

Pero, en medio de todo, semejantes desahogos tienen verdadero merito.

Porque nada más difícil que no decir cosa alguna, y eso hacerlo mal. Ese es el verdadero nihilismo poético, cuyos principios se parecen á los del político:

«Artículo 1.º No se debe escribir nada con sustancia.

«Art. 2.º Esta nada no se debe escribir de ningún modo, sino á salga lo que saliere.

Art. 3.º Nadie queda encargado de la ejecución de este decreto... ni obligado á leer semejantes naderías.»

Y el Sr. D. Abelardo de Carlos, ¡tan contento!

Al Sr. Esperanza y Sola le han nombrado Secretario general del Consejo de Estado.

Le felicitamos por ello y nos felicitamos á la vez. Porque suponemos que el destino ese, como el del Sr. Sepúlveda, será incompatible con los artículos de crítica musical.

Ya lo sabe nuestro apreciable colega *La Ilustración*: *Lasciate ogni speranza y Sola*.

Algo es algo.

A ver si le dan alguna plaza de esas al Sr. Reparáz.

TURCA

(Antes CHISPA)

El ministro de Fomento, en continuo movimiento, ya en un viaje inaugural, ya á Astorga con sus miradas derritiendo mantecadas, ya se va á Naval Peral en Comisión forestal.

No se está quieto un espacio (1) aunque va á estrenar Palacio (2) con muebles de relumbrón que han costado un dineral —por supuesto á la nación— como dijo Calderón.

¡Téngase ya, voto á tal! y apaciguense en sus lares, porque con tanto vaiven y tanto ferrocarril, más que el plomo de Linares, el azogue de Almadén hará en sus venas raudal, y si lo sabe *Rochil* adiós ministro ideal de los labios de marfil y los dientes de coral; lo mismo que un paleto se qu da empeñado ¡Oh!

Y armas al hombro

Lo optimismos de nuestro representante cerca de los yankees:

«El señor ministro de Estado ha recibido un amplio telegrama de nuestro representante en Washington, Sr. Dupuy de Lome, confirmando las noticias publicadas en la prensa sobre las expediciones filibusteras recientemente fracasadas.

Dice el Sr. Dupuy de Lome que los expedicionarios serán juzgados el miércoles.»

De modo que estamos de enhorabuena.

Sólo nos falta aguardar con la natural impaciencia al día del juicio.

Dice un colega:

«La verbena de San Pedro, celebrada anoche, resultó menos animada que la de San Juan.»

¡Ya lo creo!

Y si en vez de San Pedro á secas hubiera sido la verbena de Rodríguez San Pedro, hubiese resultado mucho más latosa todavía.

Acercá del próximo regreso del coronel Segura, que tanto se ha distinguido en la campaña, dice un diario:

«También nosotros hemos oído decir que, relacionado con el regreso del bravo coronel Segura, un general que es senador hará en la alta Cámara una pregunta al Gobierno.»

Y qué, ¿se va á apurar éste por tan poca cosa?

Lo que dirá Cánovas ó Azcárraga, ó el primer ministro que se levante:

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Que vuelve Segura? ¿Por ventura no vuelve libre? Pues eso demuestra nuestra bondad, porque ya se sabe que en España á Segura llevan preso.

Los carlistas en el Congreso:

«La indicada minoría se propone combatir con gran firmeza y agotando todos los recursos parlamentarios, el proyecto de auxilios á las empresas de ferrocarriles. El Sr. Lloréns es el encargado de sostener este debate.»

¡Caramba! pues eso ya es demasiado.

Porque supongo que lo sostendrá con fusil y todo.

Este despacho es de París:

«La prensa francesa, y particularmente la de los departamentos del Mediodía, habla en términos muy entusiastas de España con motivo de las reiteradas manifestaciones de simpatía de que han sido objeto en el Ferrol la escuadra francesa y en Barcelona la música de ingenieros, de guarnición en Montpellier.»

Yo no me siento tan entusiasmado.

Porque ¡la verdad! todas esas manifestaciones han sido en el litoral.

Y yo preferiría una alianza más honda.

Quiero decir, más del interior.

(1) De tiempo; eso es natural.

(2) Pero que no es D. Manuel.

Para que usted me entienda: una alianza... sin costas.

La alianza franco-española:

«Los músicos franceses están siendo objeto de manifestaciones de afecto por parte de esta población (Barcelona).»

El público les paga el gasto que hacen en los cafés, peluquerías y tranvías.»

—¿De veras? Pues entonces te aseguro ¡oh Piavel que la alianza está hecha.

—¿En qué lo conoces, Gedeón?

—En que los españoles pagan el gasto.

Telegrama de Valencia:

«Se trata de interesar á los diputados para que presenten á las Cortes un proyecto de ley declarando monumento nacional al anfiteatro romano de Sagunto.»

¡Venga enseguida ese proyecto!

Para que, al fin, hable en las Cortes el general Martínez Campos.

El cual, como es lógico, pedirá que haya en Sagunto dos monumentos nacionales.

Primero el algarrobo.

Y después el anfiteatro romano.

Noticia de Barcelona:

«El juez militar ha puesto en libertad á Higinio Cots, director de la fábrica donde trabajaba el esposo de Teresa Claramunt.»

¡Adiós! ya han soltado un preso.

¡Cuando yo dije que estaba Campillo en Barcelona!

Despacho de Berlin:

«Ha regresado á esta capital el virrey del Celeste Imperio, Li-Hung-Chang, después de su breve estancia en Hamburgo y de su visita al príncipe de Bismarck.

¡Li-Hung-chang!

Así me gusta á mí que se anuncien las visitas.

¡Li-Hung-chang!

Con bombo y platillos.

Anuncio fashionable:

«Mañana tendrá lugar en el Circo de Parish la 13 *soirée fashionable*, verificándose dos *debuts*: Mr. Canetti, trabajo aeropedestal, y Sr. Matheo, género nuevo en sus malabares y equilibrios.»

¿Quién será ese Canetti y que vendrá á ser eso del aeropedestal? ¡Como no sea cosa del tantas veces citado Campillo!

En cuanto al Sr. Matheo, demasiado conocido le tenemos ¡ay! por nuestra desgracia.

Pero nos parece difícil que haya género nuevo de equilibrios.

Ya los ha hecho todos.

Y los juegos malabares también los conocemos.

Los que ha hecho últimamente en las locomotoras del Norte gustaron mucho á la reunión.

A la reunión de accionistas.

¡Pobre D. Práxedes! Descender hasta el circo de Parish, y poniéndose una *hache* en los entresijos del apellido...

Sin duda alguna que le estorbaba á D. Santiago Angulo.

Se encuentran vacantes, según anuncia la Dirección general de Contribuciones, los títulos de conde de la Puebla de Portugal, marqués de Bondad Real y marques de Inicio.

Gedeón propone que se adjudique este último, por ser completamente latino, al Sr. Comanlerán, que, según se dijo cuando ingresó en la Academia, se hallaba falto de título.

El de conde de la Puebla de Portugal debe dársele al Sr. Sánchez Moguel, para obligarle á que repare la última *despuebla* causada por él.

Y el de Bondad Real nadie podrá negárselo al señor Grilo.

Noticia interesante:

«El vicepresidente de la Diputación D. Pedro Díez y González ha sido hoy muy visitado, con motivo de su santo, por muchos de sus amigos políticos y particulares.»

Eso por ser el día de San Pedro.

Pues el día *díez* se repetirá la función y si celebra el apellido como el nombre.

Y á propósito. Sabemos que también han sido muy felicitados los Sres. D. Pedro Sánchez y Gutiérrez, D. Pedro García y Martínez y D. Pedro López Pi-fartos.

Y Perico Niembro, á pesar de que algunos enemigos políticos quisieron aguarle la fiesta.

Pero él no lo consintió.

Bueno es Niembro para que le agüen nada.

Para eso ya se las arregla él solito.

Anoche debutó en el teatro de la Zarzuela el príncipe de los gaiteros, se un dicen los gallegos, ó sea el gaitero de Ventosela.

El gaitero de Ventosela es muy notable, pero aquí teníamos otro mejor en su género, más gaitero y más Ventosela aún que el aludido.

Solo que, como antes decimos, parece que se halla actualmente en Barcelona.

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACION)

Era noche de luna llena, pero oscura; noche de luna sin cuartos.

El miserable se detuvo de pronto y dijo: ¡aquí es! Cuatro de los compañeros del maestro se acercaron a un montón de hojas secas y otras pequeñeces reunidas por el tiempo, y comenzaron a desbrozarlo.

¡Faena en verdad que ponía los pelos de punta! La calva luna iluminaba el cuadro, y a su insegura claridad se vio aparecer primero un pie, después otro, luego otro, y otro aún.

No había duda; se trataba de un cadáver; allí estaba en los indispensables cuatro pies de tierra.

Cuando concluyeron de extraerlo causaba horror: seco, amojamado, flaco, no parecía el residuo de una persona viviente, sino de algo que nunca había existido. El maestro le miraba con fijeza, pero sin lentes.

De pronto, dirigiéndose a Dato de Ira, le dijo:

—Mira qué tiene ese cadáver en la mano.

—Efectivamente, maestro, tiene un papel.

—Quítaselo y dámelo.

Dato de Ira arrancó el papel, que el muerto apretaba fuertemente en la diestra, y se lo entregó al maestro.

Este se puso los lentes, y leyó.

El papel decía así:

«Candidatura liberal conservadora.

Rolland.

Bonaplata.

Condé de Reparaz.

Duque de Bailén.»

Este hombre está bien muerto, exclamó el maestro. ¡Ha votado! Pero Dato de Ira, que aún se inclinaba sobre el cadáver, dijo:

—Tiene otro papel en la mano izquierda.

—Arráncaselo y dámelo.

Así lo hizo Dato de Ira, y el maestro leyó:

«MUSEO ARQUEOLÓGICO

«Momia atribuida á Ramsés II, rey de la XXVII Dinastía.—Juan de Dios de la Rada y Delgado.»

En la cara del maestro se reflejaban grandes vacilaciones. ¿Sería efectivamente aquella momia la de Ramsés II? Mas ¿cómo se encontraba en aquel sitio?

Poniendo fin á sus dudas, sacó un pequeño frasco del bolsillo y vertió en el pañuelo dos gotas de un licor rojizo é incoloro. Después restregó suavemente con el pañuelo las sienes del cadáver, y éste se estremeció y dijo ¡ay! en egipcio.

Todos los espectadores de aquella escena contenían el aliento.

La momia se incorporó al fin, y paseando una mirada vaga por sus asombrados circunstantes, dijo:

—Dadme una silla.

Pozo Blondo, otro de los compañeros del maestro, volvió al poco tiempo con una de un merendero próximo.

Sentóse en ella la momia y continuó:

—Esperais sin duda que os cuente mi historia. Voy á complacerlos. De ese modo sabréis cómo vine á parar, merced á cien lances extraños á la orilla de este río caudaloso que corre tan lejos de mi patria.

Yo nací en el país de los escarabajos de oro.

Mi padre, Ramsés I, fundador de la XXVII dinastía faraónica, murió al darme á luz, cayéndose desde la ventana en que me presentaba al pueblo.

Mi padre, hombre chistoso, había tenido siempre muy buenas caídas.

Diferenciándose del suyo, mi carácter fué siempre triste. Los médicos lo atribuan á un susto.

Apenas contaba ocho años cuando me presentaron á mi preceptor, el cual dirigía en Ninive un periódico titulado *Los Niños*, y tal espanto me produjo el verlo, que desde entonces no volví á reír.

Una vez hombre, y dueño de mis Estados, solo pensé en construir la prismática tumba que había de contener eternamente mi cadáver.

Grandes ejércitos de obreros trabajaban día y noche en la construcción de la pirámide, pero me morí sin verle la punta.

¡Infausto destino el mío!

Metieron mi momia convenientemente fajada en el interior del chato mausoleo, poniendo á mi lado un instrumento musical llamado en asirio acordeón y la novela titulada *La campana de Huesca*.

Después me dejaron con ambas cosas y la eternidad.

Así transcurrieron tres mil años, como un discurso de Rodríguez San Pedro.

La momia dió un hondo suspiro, cruzó las piernas y prosiguió:

—Cierta día sentí una fuerza extraña que me arrastraba, á pesar mío, hacia el exterior de la pirámide.

En vano quería conservar la rigidez é inmovilidad de mis miembros; la atracción que sobre mí se ejercía era muy poderosa.

Fuí saliendo por los múltiples pasillos de la pirámide, y al llegar á la puerta oí un grito.

—¡Peña Ramiro! exclamaron; al verme aparecer, seis extranjeros que estaban sentados en cuclillas á la sombra de la pirámide, y huyeron en distintas direcciones.

Uno solo no corrió.

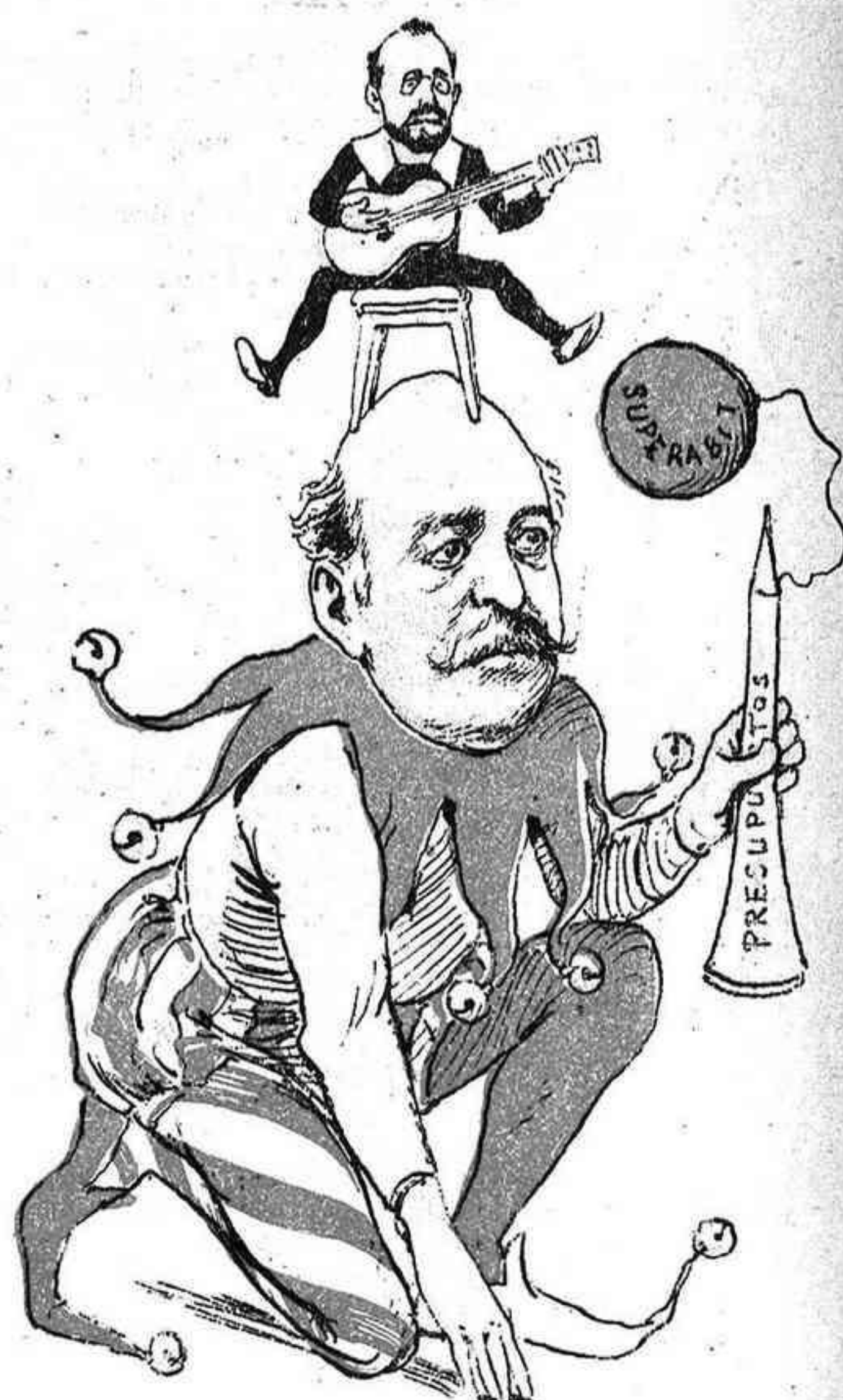
—¡Deteneos, les dijo, no es él, no trae al lado el coronel Morera!

Los que huían se detuvieron.

(A seguir).

EXCÉNTRICOS MUSICALES

(Cantando)



Navarrito, Navarrito,
no seas tan fanfarrón,
que esos cuartos te los birlo
para mi autorización.

PAS DE PYRENNÉES



Tetuán.—¿Qué opinas de nuestra unión con Francia?

Gedeón.—Que es imposible.

Tetuán.—¿Imposible?

Gedeón.—Como que somos calvos.

Tetuán.—¿Y qué hay con eso?

Gedeón.—Que no podemos echar pelillos á la mar.

HIDROTERAPIA GEDEÓNICA

En vista de las dolencias que afligen á muchos amigos de Gedeón, éste se ha decidido á sacar otra vez á colación sus conocimientos médicos, recomendando los siguientes balnearios y playas á los señores que también siguen:

- Clarín.—Al Ze la.
- Aguilera.—Al Faro.
- La Sra. Pardo.—Al Zola.
- Castellano.—Al ama de Aragón.
- Tejada de Valdovinos.—Al ama de Granada.
- Villamejor.—Argentona.
- Sinceridad electoral.—Burlada.
- Linares Rivas.—Caldas de Malabella.
- Peña Gamigo.—Carratraca.
- El duque de Tetuán.—Estadilla.
- El conde de Xiquena.—Fortuna.
- El Marqués de Comillas.—Frailas.
- Villaverde.—Fuencaliente.
- Amaniel.—Fuenteagria de Villaharta.
- Doctor Betances.—Fuenteopodrida.
- Blasco.—Gijónza.
- Navarro Reverter.—Grávalos.
- Asmodeo.—Guardavieja.
- Nójera.—Hervideros del Emperador.
- Fabié.—Jaraba (agítese antes de usarlo).
- Susillo, Querol y Benlliure.—Marmolejo.
- José María.—Montemayor.
- Feliu y Codina.—Panticosa.
- Fernanflor.—Para cuellos.
- Morote.—Para corbatas.
- General López Domínguez.—Quinto.
- Borrero.—Santa Coloma de Farnés.
- Beranger.—Siete aguas.
- Martínez Campos.—Sobron.
- El otro.—Faltón.
- Silvela.—Soportilla.
- Cabrñana.—Solares.
- Gamazo.—Trillo.
- Morlesin.—Valdeganga.
- Cheste.—Villavieja de Nules.
- Montecristo.—Bagneres de Bigorra.
- Bartolo.—San Bar olomé de la Cuadra.
- Sánchez Moguel.—A Portugalete.
- El maestro Caballero.—A las bocas del Ródano.
- Elduayen.—A Tolón!
- Pidal.—A Tihni!
- Bustillo.—A Burriana.
- El abono del Real.—A Águilas.
- El Tesoro.—A Deva.
- La alianza franco-española.—Al cabo de Tarifa.
- Los tenedores de papel.—A Rentería.
- Los contribuyentes.—A Fuenterrabía.
- Los carlistas.—A Benicarló.
- Campillo.—A la Albufera de Valencia.